



**Palabras introductorias para un libro con motivo  
de los 50 años de la Facultad de Comunicación**

Mons. Javier Echevarría, Gran Canciller de la Universidad de Navarra

Hace cincuenta años, en el seno de la Universidad de Navarra, nació el Instituto de Periodismo. Se ponía así en marcha una verdadera revolución en el mundo de la prensa y, en general, de los medios de comunicación. Por primera vez en España, la capacitación profesional de quienes se dedican a la información adquiría categoría universitaria, al estar incorporados esos estudios en el marco de una institución de enseñanza superior. Corría el año 1958. Por motivos ligados al ordenamiento legal entonces vigente, no fue posible otorgar a la nueva realidad el rango de Facultad, que realmente le correspondía; pero el meollo, la esencia de lo verdaderamente universitario, se hallaba inscrito ya en las entrañas de aquel Instituto de Periodismo, que en 1971 llegaría formalmente a alcanzar —mediante Decreto del Gran Canciller— el pleno reconocimiento universitario.

La Facultad de Comunicación debe mucho al fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra. San Josemaría Escrivá de Balaguer impulsó personalmente los primeros pasos del Instituto de Periodismo, siguió su crecimiento con enorme interés, animó a sus promotores a proponerse metas muy altas. Cuando todavía era muy joven, comprendió la trascendencia de la tarea informativa, a todos los niveles: desde el trabajo del director de un periódico o de un programa radiofónico de gran audiencia, hasta la tarea del último redactor incorporado a la plantilla o de las personas que se ocupan de la manutención y limpieza de los locales. Todos están llamados a colaborar en la tarea común, cada uno desde su sitio.

En el trato de San Josemaría con los profesionales de la información, dos conceptos estaban siempre presentes en sus conversaciones; se desarrollaban como ideas íntimamente relacionadas, hasta el punto de que no pueden darse por separado: *amor a la verdad* y *respeto a la libertad*, que ciertamente son irrenunciables en el ejercicio de cualquier profesión, pero que revisten una importancia capital en el mundo de la información.

Querría ilustrarlos con dos textos de San Josemaría. El primero, sobre el amor a la verdad, resulta muy significativo en el mundo actual, tantas veces dominado por el fanatismo o los intereses de parte: «Es difícil que haya verdadera convivencia donde falta verdadera información; y la información verdadera es aquella que no tiene miedo a la verdad y que no se deja llevar por motivos de medro, de falso prestigio, o de ventajas económicas» (*Conversaciones*, n. 86).

El segundo texto, íntimamente unido al anterior, es la invitación a realizar en todo momento un «buen periodismo, que es el que no se contenta con los rumores infundados,

con los *se dice* inventados por imaginaciones calenturientas. Informad con hechos —decía San Josemaría—, con resultados, sin juzgar las intenciones, manteniendo la legítima diversidad de opiniones en un plano ecuánime, sin descender al ataque personal» (*Ibid.*).

El buen profesional de la comunicación trabaja siempre a favor de la verdad, aunque ésta resulte incómoda, pero siempre con un exquisito respeto a la dignidad de cada uno; sin ataques personales que —además de causar un daño injusto y a veces irreparable a la fama de las personas o las instituciones— rebajan, en primer lugar, la categoría humana de quien utiliza esos medios rastroseros para conseguir unos fines dudosos. Aquí halla su marco adecuado la máxima paulina, que tendrá siempre gran actualidad: *veritatem facientes in caritate* (Ef 4, 15): es preciso decir la verdad sin faltar a la caridad.

Este respeto a la dignidad de las personas e instituciones es, por otra parte, la mejor garantía para la promoción de la auténtica libertad. Se habla mucho de libertad de expresión, y es ésta una aspiración muy buena siempre que —como afirma San Pedro— no actuemos «como quienes convierten la libertad en pretexto para la maldad» (1 Pe 2, 16); porque entonces no sería libertad, sino su corrupción; el libertinaje. La libertad va siempre acompañada de responsabilidad personal, y no puede desvincularse de la verdad. Por eso, entre otras cosas, del buen profesional de la información se espera que se documente bien, que controle sus fuentes, que las actualice; y, en consecuencia, que no tenga miedo de rectificar cuando —por precipitación, por imprudencia, por falta de verdadero conocimiento de una situación— haya de cambiar lo afirmado precedentemente.

Al contemplar, desde la áurea madurez de este aniversario, la labor realizada por la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, no me olvido de los pioneros y de quienes después siguieron sus huellas. Muchos hombres y mujeres han dedicado gran parte de su vida a este empeño y han dejado su impronta, de un modo u otro, en los millares de personas que han pasado por las aulas de la Facultad en estos años. Dispersos por variados países, esos profesionales de la prensa escrita o hablada, del mundo del cine y de la televisión, de las nuevas profesiones relacionadas con la informática, llevan consigo no sólo los conocimientos técnicos y literarios aprendidos en las aulas de Pamplona, sino —sobre todo— un modo de informar plenamente respetuoso de la dignidad de la persona humana.

Así lo espero, así se lo pido a Dios, por mediación de la Santísima Virgen y con la intercesión de ese enamorado de la verdad y de la libertad, que fue el Fundador del Opus Dei.

Roma, 12 de octubre de 2008